

## CAPITULO XII

### A TRAVÉS DEL INFIERNO

DE buenas a primeras, la cuerda quedó enganchada a un enorme garfio, en cuyo extremo hacía gimnasia un asqueroso esqueleto.

—¡Atención!—avisó el joven—. ¡Voy a lanzarme!

Y luego de entregar la lámpara a Atanasio, se dejó caer nuevamente a merced de la cuerda, que le hizo chocar contra la pared de la mazmorra.

Entonces, rápidamente, arañando con los pies la piedra, se elevó hasta el gancho, en el cual sentóse, compartiéndolo con el esqueleto. Pero, sin duda por creer que tenía poco sitio, dió con el pie al esqueleto, que perdió el equilibrio y continuó su camino, interrumpido quizá durante varios siglos.

Aquel resto de humanidad pasó ante las narices de La Candeur, para ir a perderse en el fondo del prodigioso agujero, en el momento en que el hercúleo repórter menos lo esperaba. Así es que lo saludó con un grito descomunal. ¡Como que La Candeur pensaba que el caído era Rouletabille!

Afortunadamente, la voz severa de su amigo, que le

colmaba de injurias, le tranquilizó al momento. En caso contrario hubiera sido capaz de seguir a Rouletabille hasta el fondo del pozo, luego de arrojar a él a Atanasio y a Priski, con el único fin de no quedar solo, lo que su pusilanimidad temía sobre todas las cosas. Atanasio se había elevado a su vez hasta el garfio de Rouletabille, mientras el repórter se instalaba más arriba, en compañía de un esclavo negro, muy amojamado y crespo, que estaba muy fuertemente sostenido por el hierro entre los huesos del bajo vientre.

—¡La obra es fuerte! ¡No temas!—gritó Rouletabille a La Candeur—. Los antiguos tenían un mortero verdaderamente asombroso. Se diría que esto fué construído ayer, a no ser por estos muertos tan antiguos...

—¡Rouletabille! No bromees, que no es la ocasión más oportuna—interrumpió La Candeur—. Esas bromas fuera de lugar pueden traernos desgracia.

Atanasio estuvo empleando mientras tanto la cuerda de Rouletabille. Después llegó el turno a La Candeur, que, como era de esperar, protestó entre dientes, alegando que todo aquello no era reportaje; pero, luego de atarse al cuello al bueno de Priski, acabó por colgarse de la cuerda de Atanasio.

La ascensión, pues, se verificaba con regularidad que, al parecer, no había de ser turbada.

Comoquiera que los muertos, vistos de cerca, denotaban mucha antigüedad, los compañeros comenzaban a avezarse al horrible ambiente. Y dióse el caso de que el menos alterado de todos fué el excelente Priski, quien con dicho motivo demostró con cuánta facilidad puede adaptarse la naturaleza humana a todas las circunstancias, hasta a las más excepcionales de nuestra azarosa existencia.

Ahora ya se atrevía a mirar cara a cara las cosas y a las personas. Tanto era así, que en un momento en que el mayor silencio reinaba en la mazmorra y en que cada cual procuraba descansar de los esfuerzos realizados, se le oyó exclamar:

—¡Oh!... ¡Miren a ese muerto de enfrente!... ¡Es él!... ¡Lo conozco! ¡Es el pobre lord Kadlan!... ¡Qué cambiado está, Dios mío!... ¡Se habrá hecho desgarrar por tres garfios!... ¿Y su barba? ¡Aún ha crecido!...

En efecto: el cadáver aludido tenía una barba de longitud extraordinaria y que salía de él (que estaba cabeza abajo) como una lluvia de oro...

—¡Qué hombre más valiente!... ¡Y qué gran gozador de la vida!... Por cierto que no le dolían las propinas. Pero era un poco terco... ¡Oh! ¿No me equivoco? Miren aquel turco que hay encima, el *kachel* de la ropa al revés... ¡Es Kibrigli, el encargado de los refrescos! ¡Palabra! ¡Era muy divertido!... Se ignoraba qué se había hecho de él. Un buen día desapareció. Decían que se había marchado con una odalisca traída de Smirna... ¡Pobre Kibrigli! ¡Ya ha terminado de divertirse!

—¡Chiss! ¡Oigan... oigan!—dijo súbitamente Rouletabille.

No tardó en oírse en aquel pozo más que el rumor de varias respiraciones fatigosas.

—Me parece haber oído quejas...

A la sazón, Rouletabille estaba a horcajadas sobre un garfio que sostenía también el cuerpo desgarrado de uno de esos caballeros blancos tan admirados por él cuando vió un animado grupo de ellos al llegar a la tierra de Gaulow.

—¡Oh, todavía se mueve!—musitó el repórter—. ¡Vive! ¡Y qué garfio tiene en el pecho! ¡Oh!... ¡Se estremecel... Atiendan. ¿No oyen? Se queja...

—¡Cuando yo decía que había oído lamentos!...—exclamó La Candeur.

—Levante la lámpara, Atanasio. Usted está más bajo que yo... Ilumínele el rostro... ¡Oh, casi es un niño!... Sus labios se mueven... Quizá todavía sufre...

—¿No se le podría librar del garfio?—insinuó La Candeur.

—Sí. Es espantoso... ¡Abre los ojos!... ¡Oh!... Voy a intentar...

Rouletabille, en efecto, procuró empujarle con una mano. Y la víctima de aquel atroz martirio dió un suspiro que puso a La Candeur los pelos de punta. El gigantesco periodista suplicó entonces que dejaran tranquilo a aquel pobre caballero. Pero Rouletabille continuaba cada vez más enardecido en su horrible y piadosa tarea. De pronto, el cuerpo, empujado sobre el abismo, se inclinó y cayó. Pero detúvose en seco en otro garfio que lo ensartó... Sonó un grito atroz... Y nada más. Aquella vez el caballero blanco debió quedar bien muerto... Pero quedó al nivel de Priski. Y como el resplandor de la lámpara de Atanasio llegaba hasta allí, el mayordomo no pudo contener una nueva exclamación:

—¡Oh! ¡También conozco a éste! Es Rifaat... No hará mucho tiempo que está aquí... Recuerdo que precisamente anteaer me dictaba una carta para su anciana madre. Seguramente se trata de una venganza de Stefo el Dálmata, que le tenía inquina... Si Kara bajá supiese que se ha atentado contra uno de sus caballeros blancos, se pondría furioso. Pero no lo sabrá. ¿Quién va a decírselo?... ¡Stefo el Dálmata todavía es más temido que Kara bajá!...

La voz de Rouletabille anunció desde lo alto que había llegado a la escalera.

—Pero es muy peligrosa esta escalera... ¡Prefiero los garfios, aunque estén habitados!...

Rouletabille, efectivamente, se encontraba ante escalones que no tenían más de cincuenta centímetros de ancho, practicados en el espesor de la mampostería, y que giraban en la mazmorra hasta el orificio, que se encontraba como unos diez metros más arriba y que estaba herméticamente cerrado por una placa de hierro.

Pero aquella minúscula escalera no tenía pasamano ni exteriormente ni a la parte de la pared... Así es que uno no podía agarrarse a nada...

¡Ay del que diera un paso en falso o sintiera el vértigo!... Caería inmediatamente en el vacío y compartiría la horrible muerte de aquel desgraciado cuyo martirio había querido abreviar Rouletabille. Por cierto que éste se maravilló mucho de que se pudiera llegar fácilmente a la escalera apoyándose en el último garfio de hierro.

—¡Caramba! Con un poco de suerte, se podía salir de esta mazmorra...

—Sí—explicó Priski—. Es una particularidad conocida de todos los del castillo... Cuando arrojan a uno ha de tener la suerte de ser ensartado por un garfio para tener la suerte de desengancharse y volver a la superficie. Esa suerte sólo la ha tenido una bella esclava de Circasia que sin querer vertió café caliente sobre los pies de la kadina. Luego de echarla, ya no se preocuparon de ella. Ocho días más tarde fué encontrada por los eunucos en el barrio de los esclavos, arrastrándose sobre las losas, con el rostro ensangrentado y los pechos cortados a cercén. *¡Había podido subir!...*

—¿Ve usted cómo la tal mazmorra sí que devuelve a veces lo que le dan?—replicó Rouletabille.

—Únicamente en esa ocasión. Y la interesada no ade-

lantó mucho con ello. ¡La kadina mandó que la volvieran a echar! Entonces, ya no salió.

—¡Atención!—mandó Rouletabille—. ¡Oigo un ruido! Andan por arriba... Apague la luz, Khetew.

Y la luz fué apagada. Profunda obscuridad reinó en la mazmorra.

Oyeron perfectamente un ruido de pasos sobre la placa de hierro. En cambio, debajo de aquella placa se hizo el más absoluto silencio. Priski había cesado de contar historias. De pronto se produjo arriba una especie de alboroto, como de muebles que cambian de sitio. Luego, voces. A continuación, silencio. Finalmente, el ruido de la placa al ser levantada.

—¡Maldición!—musitó Rouletabille—. ¡Nos han descubierto! Pero ¿no será una ejecución?..

Sí: ¡era una ejecución!

La placa fué levantada y puesta fuera del círculo de la mazmorra. Luego, tras algunas breves órdenes en turco, cayó un cuerpo...

—*¡Ojo con la mercancía!*—bisbiseó Rouletabille.

Todos notaron el aire removido al caer aquel cuerpo, al mismo tiempo que un terrible grito llenaba el prodigioso cilindro.

Y arriba la placa volvía a caer sonoramente en su ranura de mármol. Los pasos se alejaron...

Pero abajo, entre las tinieblas, ocurría un drama espantoso a más no poder. Al principio no lo comprendieron... Oían una especie de ronquido, una voz sorda, un estertor de moribundo que pedía auxilio.

De pronto sonó un grito de La Candeur:

—¿Dónde está Priski?

—¡Encienda la lámpara!—ordenó Rouletabille a Atanasio.

—No tengo cerillas...

—¡Cristo! Yo tengo, pero no puedo moverme. ¿Cómo subir? ¿Cómo bajar? ¡Qué horror! Pero ¿qué ocurre ahí abajo? ¿Qué pasa?...

—¿Quieres soltarme? ¿Quieres soltarme?—aullaba La Candeur—. ¡Priski va a hacer que yo caiga! ¿Ganas algo con eso? ¡Pues déjame en paz!...

Al mismo tiempo se oía el extraordinario estertor de Priski y un horrible gemido: *Duchtum! Duchtum!*

—Está cayendo—interpretó Atanasio—. ¡Y dice que cae!

—Es Priski... Ha resbalado. ¡Y el animal por un poco me hace caer con él! No sé lo que le ocurre ahora... ¡Si al menos nos viésemos! O si comprendiéramos lo que dice... ¿Qué quieres?

Por fin cesó el raro estertor de Priski. Los demás notaron que intentaba pronunciar palabras. Pero no llegaba a pronunciarlas a causa del terror.

Sin embargo, pudo decir:

—Denme... un cuchillo... ¡un cuchillo!

Y repitió furiosamente aquellas palabras, mientras que la otra voz terrorífica gruñía trágicamente: *Duchtum! Duchtum!...* (¡Caigo! ¡Caigo!)

—Dale el cuchillo a Priski—masculló Rouletabille—. ¡Y que acabe ya de unal!...

—¿Cómo? Te advierto que el dichoso Priski ha estado en un tris que no me derribara... Ahora está en un garfio. No sé qué le ocurre... ¡Toma mi cuchillo! ¿Dónde está tu mano, Priski? ¿Dónde está tu mano?... ¿Contestas o no? ¡Ah! No me inclino más...

—¡Un cuchillo! ¡Un cuchillo!

—*Duchtum! Duchtum!*

—Toma el cuchillo... ¿Ya lo tienes? ¿Estás agarrado a

alguna parte? ¿Acabamos o no? Si no hubiera sido por la cuerda de Atanasio, también yo estaría ahí—continuaba monologando La Candeur.

—¡Aaaaah! ¡Aaaaah!...

—¿Qué significa ese grito tan descompasado?

La mazmorra, en efecto, parecía henchida por aquel grito.

—Pero ¿qué haces, Priski? ¿Dirás, por los clavos de Cristo, lo que haces?

Y al acallarse un instante el clamor atroz, oyóse la voz sibilante de Priski que decía:

—Es el hombre que cae... No quiere soltarme. Se ha desplomado sobre mí. Casi me ha aplastado entre el garfio y el muro...

—¡Aaaaah!...

—¡Oh!... Pero ¿a qué vienen esos gritos bestiales?

—Quien grita es él...

—¡Ya, ya! ¿Qué le pasa?

—No quiere soltar mi mano... Está colgando de ella... ¡Y voy a cortarle la suya!

—¡Aaaaah! ¡Aaaaah!...

.....  
La ascensión continuó cuando el condenado dejó de gritar, lo cual requirió algún tiempo, pues no abandonó la mano del mayordomo hasta que éste hubo trabajado bastante con el cuchillo de La Candeur.

Afortunadamente, todo termina, incluso la desesperada resistencia de quien no quiere morir en el fondo de una mazmorra.

Priski recobró su equilibrio en el garfio de hierro. La Candeur volvió a la posesión de su cuchillo, lo enjugó cuidadosamente y entregó su caja de cerillas a Atanasio, que nunca tenía lo que necesitaba.

Atanasio, por su parte, encendió la lámpara e iluminó a Rouletabille, que comenzaba a subir la escalera.

Los demás le miraban con creciente ansiedad. Pero él no miraba a nadie.

Llevaba mucho cuidado en apartar los ojos del vacío, para lo cual se fijaba en las piedras. Pero el vacío se hacía imprescindible, le tiraba de los pantalones, le agarraba el cuello de sus vestidos, quería hacerle perder la serenidad, le oprimía hasta ahogarlo, le decía al oído:

—¡Ventel... ¡Vente conmigo!... No puedes pasar sin mí, no puedes *dejar de pensar en mí*... Estoy cerca, ¡tan cerca!...

Rouletabille aceleró su marcha, con riesgo de tropezar. Notaba que su enemigo era cada vez más fuerte, más tenaz, ¡más irresistible! ¿Le arrojaría también sobre los garfios de hierro? ¿Le haría formar parte del racimo infernal? Con la sangre acumulada en las sienes y las arterias trepidantes, alargó rápidamente las manos a una escalera tallada en la piedra, a continuación de la que subía y casi junto a la placa del orificio.

¡Ya era hora!

Lanzó un profundo suspiro, al que respondió abajo otro suspiro, el de La Candeur, que con los ojos fijos en su compañero había olvidado el propio equilibrio, y que, aguantándose con una pierna en su garfio de hierro, seguía todos los movimientos de Rouletabille, con los brazos extendidos para recibirle si ocurría alguna desgracia.

No quiero que paséis por donde acabo de pasar... ¡Subiréis por la cuerda!

Así fué. Ató la cuerda al peldaño y la echó.

Luego, agarrándose con una mano al mismo peldaño, intentó levantar la placa que cerraba la mazmorra...

Pero era muy pesada, y Rouletabille estaba verdaderamente agotado.

Entonces, La Candeur, prescindiendo de Priski, que se puso a gemir, y sin guardar miramientos a Atanasio, trepó como un orangután por la cuerda que acababa de echar su camarada, puso un pie en un peldaño detrás del de Rouletabille, y levantando un puño formidable elevó la placa como si fuera de hojaldré:

—¡Asómate!—dijo—. ¡No tengas miedo! ¡Eso de temblar queda para mí!... Pero escucha antes por si oyes algo...

El repórter era bastante prudente para no hacer caso de los consejos de La Candeur. Así es que no dejó su lugar de observación hasta convencerse de que no se exponía a ninguna sorpresa.

La Candeur le decía:

—¡No tengas prisa! No me canso...

Por fin Rouletabille, por debajo de la placa, salió de la mazmorra. Algunos minutos después, decía en voz baja a los restantes:

—¡Salid!

Y salieron todos, sanos y salvos, de aquel horrible conducto mortal, donde acababan de pasar unos minutos que no olvidarían en seguida.

### CAPITULO XIII

#### POR LOS TEJADOS

LA Candeur respiraba ruidosamente, por lo cual Rouletabille le rogó que dominara los movimientos de su tórax; Atanasio arrollaba las cuerdas en silencio, pensando, al parecer, en que no estaban más que al principio de la tarea, y Priski, mirando a los tres con admiración, confesó:

—No sé lo que saldrá de todo esto, pero me están pareciendo ustedes verdaderos mirlos blancos. Nada les detiene; todo les sale bien, tienen ojos rojos para ver en la obscuridad... En el fondo, ¿qué es la vida?... ¡Sufriamiento, duda, angustia, desesperación! ¿Quién sabe de dónde viene o adónde va?...

—¡Calla, Priski de mi corazón! ¡Calla!—ordenó Rouletabille.

—No sé adónde vamos, ni cómo volveremos, pero ¡deseo que no sea por ese camino!—dijo La Candeur cerrando herméticamente el orificio de la mazmorra.

—¡De rodillas! ¡De rodillas!... Veo un centinela allá en la plataforma...

—Es la plataforma de vigilancia—explicó Priski—. Los

otros puestos de guardia de abajo no nos molestan, pero si queremos volver al torreón por las cortinas y los tejados, no tenemos más remedio que pasar por delante de este centinela, cosa bien molesta porque no dejará de dar alarma.

—Creo—afirmó Rouletabille luego de haber examinado desde el lugar elevado en que se encontraba la distribución general del castillo—, creo que nos veremos obligados a deshacernos de él.

—Tendremos que mover ruido—insinuó Priski.

—No.

Rouletabille había dado vuelta a la plataforma en que se encontraba, plataforma que comunicaba con el barrio de los esclavos por tres corredores oscuros cerrados con rejas.

Priski, en voz baja, daba las explicaciones que le pedían: por aquí, las mujeres; por aquí, los hombres... El tercer pasillo correspondía por el fondo a los que en francés se llaman *conscrips*, o sea aquellos de quienes se quiere hacer soldados. Eran adolescentes famélicos, arrebatados en las llanuras de Armenia, y a quienes, antes de entrar en filas, se sometía a una dura educación.

—Bueno. ¿Corremos riesgo de ser sorprendidos aquí?

—Por la mazmorra no vienen más que de tarde en tarde... Y como acaba de funcionar, pueden estar ustedes tranquilos.

Aquella plataforma, que dominaba el barrio de los esclavos, tocaba por el Suroeste con la tercera torre del Oeste, que era muy gruesa, tenía cuatro piezas y terminaba en una garita. En lo alto de la garita había una enorme veleta que chirriaba a impulso del viento, el cual acababa de levantarse, empujando de nuevo nubarrones negros bajo la luna, lo cual no era para disgustar a nadie.

Rouletabille, que había terminado de arrollar las cuerdas formando un círculo perfecto, como hacen sobre el puente de los navíos, miraba ahora aquella torre y no distinguía la ventana del cuarto de Ivana. Priski le dijo que se encontraba al otro lado, al Nordeste, frente al deslunado. El muro, por la parte que lindaba por la plataforma, estaba liso, no tenía ninguna abertura.

Desde la plataforma hasta los modillones que sostenían la cornisa de la torre, no había cuatro metros.

Rouletabille indicó con un gesto a La Candeur que se acercara. Le adosó al muro, trepó sobre su espalda y sobre sus hombros, se agarró a los modillones y a la cornisa, hizo una enérgica gimnasia de muñeca y se encontró en la base de la garita. Atanasio se disponía a seguir el mismo camino.

—¿Y yo? ¿Qué haré yo?—preguntó La Candeur.

—No tienes más remedio que permanecer ahí—le susurró Rouletabille—. ¡Supongo que no tendrás la pretensión de subirme a los hombros de Priski! En ese caso, ¿quién vigilaría a Priski? Además, hemos de volver a pasar por ahí. Así es que... ¡paciencia!

Atanasio, luego de recoger las cuerdas, se unió a Rouletabille. En aquel momento, Priski solicitó que le atendieran un momento.

—Les advierto—dijo—que están a punto de correr nuevos peligros no menores que los que acaban de arrosstrar, porque están a dos pasos del harén que ningún mortal a quien le preocupe el pellejo...

—¡Oh! ¡Basta!...—dijo Rouletabille.

—Si viene alguien—preguntó La Candeur—¿qué debo hacer?

—Mata primero a Priski para que no hable, y luego hazte matar sin decir que estamos por aquí.

—De acuerdo—contestó La Candeur.

—Voy a rezar para que no venga nadie—añadió Priski. Rouletabille y Atanasio, andando a gatas por la cornisa, desaparecieron a los ojos de La Candeur.

Aquella cornisa era de fecha reciente; pero las almenas, muy viejas, no habían sido reemplazadas. De manera que la situación de ambos era bastante crítica, ya que si resbalaban no tenían ningún sitio donde cogerse. Su situación les resultó todavía más ardua cuando tuvieron que usar las cuerdas que llevaban para descender hasta la ventana de las habitaciones superiores.

—¡Vamos a ver!—propuso Rouletabille—. ¿Cuál de nosotros dos bajará a lo largo de la cuerda hasta esa ventana?

—No cabe ninguna duda—contestó Atanasio—de que ese honor me corresponde a mí.

—¡Caballero! Me gustaría saber el motivo...

—¡Caballero! Porque se trata de penetrar en el cuarto de una joven con la cual estoy prometido.

—De todos modos, no es costumbre que el prometido entre en el cuarto de una joven antes de que sea su esposa—arguyó Rouletabille.

—¡Pues uno de nosotros ha de quedar aquí!

—Sí; eso es absolutamente preciso. Quien quede aquí ha de ayudar al otro y a la señorita Vilitchkov a salir del cuarto. Y de quien quede aquí, de su valor, de su fuerza, de su sangre fría, dependerá el éxito de la empresa. Por lo tanto, y para que acabe una discusión que ya ha durado mucho, dejaré que usted baje, mientras yo permanezco aquí.

—Muchas gracias. Pero ¿dónde ataremos la cuerda?—preguntó Atanasio.

—No podemos atarla a la cornisa, porque no soporta-

ría el peso de dos cuerpos suspendidos en el vacío. Únicamente la punta de la garita puede ofrecernos alguna seguridad. Si la cuerda está atada a esa punta, no temeré que me escape de las manos cuando yo guíe la bajada de usted—explicó Rouletabille con bastante desenvoltura.

Atanasio calló mientras miraba a Rouletabille, pensando que, al fin y al cabo, su vida iba a depender por completo del repórter. Rouletabille podía desatar la cuerda, o cortarla, o cometer cualquier torpeza voluntaria... ¡y adiós Atanasio! Este no ignoraba la importancia que la desaparición de su persona podía tener para Rouletabille. Y como resultado de sus reflexiones le dijo:

—En fin de cuentas, es preferible que yo esté aquí mientras usted baja al cuarto por la cuerda.

—¿Ha cambiado usted de opinión?—interrogó Rouletabille sonriendo ligeramente, porque comprendía a la perfección lo que pasaba en la mente de Atanasio.

—Mi única opinión, caballero, es que hay que salvar a Ivana Vilitchkov. No tengo otra idea. Y a esa idea sacrífico la alegría y el orgullo que hubiera tenido arrancándola yo mismo a su prisión. Pero yo soy mucho más fuerte que usted, y aquí lo que se necesita es fuerza.

Rouletabille hizo como que encontraba excelentes todas aquellas razones. Así es que las aceptó, aprovechándose de la desconfianza del rival.

Sin embargo, no dejó de hacerse las mismas reflexiones que poco antes se hacía el búlgaro. Su vida iba a depender por completo de Atanasio, que conocía su amor a Ivana.

Ahora bien: Rouletabille, aunque era valiente, no era imprudente ni temerario. Conocía muy poco o demasiado a Atanasio para entregarse completamente a él. Y el

amor hace a veces miserables los corazones más íntegros. ¿Podía contar con Atanasio? ¡Era ésa la cuestión!

—Sus razones son convincentes—le dijo—. Yo bajaré. Voy a atar mi cuerda en la veleta de la garita.

—Lleve mucho cuidado—dijo Atanasio—, porque el tejado tiene gran inclinación. Me parece que usted tiene propensión al vértigo; yo no lo temo. Si me lo permite yo mismo iré a atar su cuerda.

—¡No se moleste! ¡Se lo ruego!...

Rouletabille trepaba ya. Le había hecho muy poca gracia la última cortesía de Atanasio, la oficiosidad del búlgaro por sujetar él mismo la cuerda.

El repórter, agarrándose a los planos y a las pizarras, pronto alcanzó la cúspide de la garita. Pero debió hacer un movimiento en falso, porque, a causa de su propio peso, resbaló a lo largo de la peligrosa pendiente con una espantosa rapidez.

Nada podía detenerle. Nada le separaba del abismo. ¿Nada? Un obstáculo, uno solo, podía interponerse entre el vacío y él. Era Atanasio, que había visto el drama y podía acudir en socorro del joven, aunque corriendo también el riesgo de ser precipitado con él.

La vida de Rouletabille había de resolverse en un instante.

Y Atanasio no vaciló. Se puso delante de su rival, que corría hacia la muerte. Y ya se disponía a recibir el choque, cuando vio, con indecible estupefacción, que el repórter se detenía súbitamente antes de tocarlo, se erguía a medias y le decía:

—¡Gracias, señor Khetew! ¡Es usted noble!...

Rouletabille en seguida, sin esperar a que Atanasio volviera de su asombro, transpuso la cornisa y se dejó resbalar a lo largo de la cuerda... cuyo gancho había te-

nido tiempo de aplicar a la veleta y la cual cuerda sujetaba con su enguantada mano para simular un resbalón destinado a informarle sobre el estado de ánimo de Atanasio Khetew.

Este, al comprender la jugada del periodista, se mordió los labios: admiraba aquella serenidad y aquella imaginación siempre activas, y envidiaba a Rouletabille que ya estuviera al extremo de la cuerda.

Todo esto ocurría hacia la parte interior del castillo, mientras en la fachada exterior, o sea al Oeste, se oía gruñir las aguas del torrente.

Como hemos dicho, se había levantado viento y la noche se había puesto negra; así es que el cielo favorecía la atrevida empresa de Rouletabille.

La ventana en cuestión estaba a unos tres metros debajo de los modillones. El joven comprobó con satisfacción que estaba desprovista de barrotes. Sin duda alguna, la altura del cuarto y su situación en el interior del castillo, habrían hecho creer completamente inútil semejante precaución.

Para acercarse a la ventana, ya que la cuerda, a causa de la cornisa, distaba del muro unos ochenta centímetros, tuvo que dar Rouletabille, apoyando el pie en el muro, un movimiento de vaivén a la cuerda de que estaba suspendido. Y luego, midiendo bien el impulso, consiguió colocarse en la ventana.

Como el alféizar no era ancho, se tenía a duras penas. Con la frente daba en la vidriera, sostenida por armazón de plomo. Detrás de la vidriera había una gruesa cortina que por completo impedía ver el interior.

¿Llamaría? ¡Era una imprudencia!... A lo mejor Ivana no estaba sola, sino que hasta de noche la guardaba una de sus mujeres de servicio.

No, no llamaría.

Sacó, pues, del bolsillo un aparatito de vidriero que llevaba, porque al salir de Sofía se había provisto de todo lo necesario para robar. Y con la punta de diamante comenzó a rayar un vidrio cercano al cierre. Su trabajo era delatado por un chirrido tan ligero, que pensó que no le oirían. Pero de pronto vió, en la semiobscuridad interior del cuarto, que se agitaba la sombra de la cortina y que una figura se acercaba misteriosamente a la ventana.

¡Dulce y vagarosa aparición!...

Era el cuerpo pálido de Ivana, más presentido que entrevisto.

El repórter detuvo su labor. Y la ventana fué lentamente abierta.